





Beatriz Berrocal

ALUCINA
PEPINILLOS

© 2023, Beatriz Berrocal Pérez

© 2023, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: junio de 2023

ISBN: 978-84-125526-3-8

Depósito Legal: M-18911-2023

Realización gráfica: Laura Morales Balza

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

LAS PRESENTACIONES

Este curso vino un maestro nuevo a la escuela.

A veces, en los pueblos no hay niños suficientes para hacer una clase de cada curso y, entonces, lo que se hace es juntar a todos en una sola clase (o en más, si hay niños). Ese es nuestro caso: una escuela rural con una sola clase a la que vamos niños y niñas, pero de distintos cursos. Y siempre con la misma maestra.

Con lo bien que estábamos con doña Fernanda —que, además de no ver casi nada, se había quedado sorda como una tapia—, va y se jubila. No entiendo por qué.

Si ya es fastidioso empezar el curso después de casi tres meses corriendo por la calle, todo el día a nuestra bola, encima hay que estrenar maestro; no me digas.

«Poned buen gesto para recibirlo», dice mi madre. Sí, hombre, lo que faltaba. Se nos ha quedado a todos

un careto cuando hemos llegado y nos lo hemos encontrado ya en la clase...

Podía haber tenido el detalle de llegar tarde el primer día; pero no, llegó antes que nosotros. Y claro, eso descoloca, porque con doña Fernanda nos daba tiempo a jugar media hora por lo menos antes de que llegase ella. Y si ahora no va a ser así, ¡menuda gracia!

–Buenos días –dice muy serio–. Como ya os habrán informado, desde hoy soy el maestro de esta escuela. Así que vamos a pasar juntos unos cuantos meses, que espero que sean positivos tanto para vosotros como para mí.

No decimos ni mu; nos lo quedamos mirando sin más.

Es mayor. Tiene por lo menos veintitantos años. Doña Fernanda era anciana, sí, pero molaba. Este no.

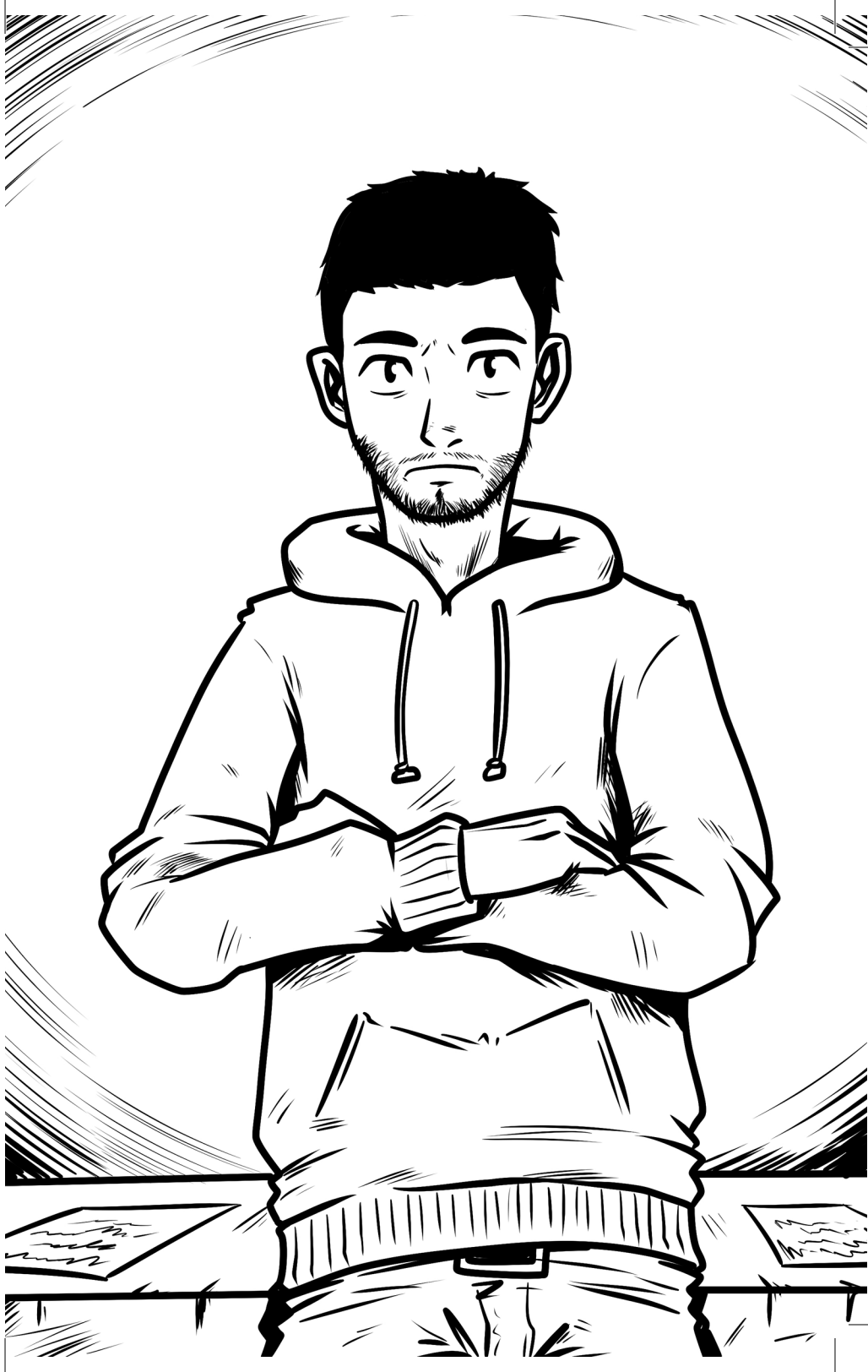
–¿Cuándo vuelve doña Fernanda? –pregunta mi hermana, que por más que se lo he explicado no se entera.

–Bueno..., ella ahora está descansando y no va a volver.

–¿Se ha muerto? –dice Píter.

–¡No, no! Me refiero a que ahora no trabaja, porque ya ha trabajado mucho y tiene que descansar.

–Tú no *guta* –le dice Paquín, el del alcalde, entre un lloro y otro. No tiene ni tres años y hoy es su primer día de escuela. No lo veo yo muy contento, la verdad.



–En fin, creo que lo mejor que podemos hacer es presentarnos para irnos conociendo. Yo me llamo Alex y, como os decía, soy vuestro tutor este curso. Hay otros profesores que vendrán algunos días a daros Educación Física, Inglés, Música o Religión, pero yo estaré todos los días.

–Pues vaya rollo –se oye por el final.

–Ahora quiero que vayáis diciendo vuestro nombre para que yo también pueda conocerlos. A Francisco me lo acaba de dejar aquí su madre, así que ya estamos presentados.

–¿Francisco? ¿Quién es Francisco? –pregunto, muy extrañado.

–¡No se llama Francisco! –dice Píter–. ¡Es Paquín, el del alcalde!

A todos nos da la risa. Mira que llamarle Francisco a alguien tan pequeño...

–Bueno, en la calle será Paquín, pero aquí es Francisco.

Pues lo lleva claro como piense conocerlos por nuestro nombre verdadero, porque en el pueblo todos somos: «el de Juan, el Largo», «el de Clara, la patatera», «el de Lucas, el guardia».

–Venga, hagamos las presentaciones. A ver, tú. ¿Cómo te llamas? Ponte de pie para que te veamos todos.

Me dice a mí.

–¡A este ya lo tenemos muy visto! –dice el Nublao partiéndose el pecho de la risa y haciendo reír a todos.

–Yo no, así que vamos a dejar que se presente y a respetarle todos mientras habla.

Huy, huy, huy. Como intente enseñarnos modales, mal vamos. Ya lo veo venir: este quiere educarnos y convertirnos en señoritos. Pues eso aquí no cuela.

–Vamos, hombre, yo ya me he presentado; ahora os toca a vosotros.

Se acerca a mí y yo me separo, por si acaso; pero como me sigue mirando, al final, contesto:

–Me llamo Ortiz y tengo once años. Soy el mayor de la escuela.

–Bueno, Ortiz no te llamarás; ese será tu apellido.

–Da igual, nadie me llama por el nombre; todos me llaman Ortiz. Hasta mi madre me llama Ortiz en casa, así que...

–De acuerdo. Pero, de todas formas, me gustaría saber tu nombre.

–Se llama Roque –dice el Nublao, detrás de mí, mientras se empieza a reír. Luego, como si fuese la gripe, todos se contagian y se empiezan a reír.

–¡A ver, a ver! Un poco de calma. Le estoy preguntando a él, y yo creo que tiene boca para contestar.

–¡Y culo! –se oye. Sé que ha sido Píter.

El comentario provoca que todo el mundo siga riéndose.

–Vamos a ver –dice el maestro, serio del todo–, podemos estar toda la mañana para decirnos los nombres; pero entonces no haremos otras cosas mucho mejores. Vosotros veréis.

Me mira otra vez. Al hacerlo, es cuando respondo:

–Me llamo Ortiz, Roque Ortiz.

Se oyen de nuevo risas que se escapan, de esas que quieres contener pero que no puedes, por lo que terminan saliendo de la boca como pedorretas.

–Muy bien, Roque. Puedes sentarte.

»¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

Mi hermana lo mira con la barbilla pegada al pecho, como si se fuese a comer a sí misma. A su vez me agarra muy fuerte de la pierna. Me parece que el maestro nuevo le da miedo, como a Paquín, que no deja de llorar y de llamar al alcalde. Bueno, él no lo llama «alcalde», lo llama «papá», claro; pero todos sabemos que es el alcalde.

–Es mi hermana, tiene siete años y se llama Sandra. Ortiz también, ya que siempre me copia en todo. Así que, para distinguirla de mí, la llamamos Orticina.

–Muy bien, Sandra. Siéntate en tu sitio, ¿vale?

Encima de que se lo explico, no me hace ni caso.

–A ver, tú, ¿puedes decirnos cuál es tu nombre?

–Sí que puedo –responde el aludido. Y se queda callado. ¡Como para no reírnos!

Lo siento por el profesor nuevo, pero es que lloro de la risa al ver a Moja allí, de pie, mientras el primero espera que le diga su nombre.

–Pues dínoslo, anda.

–Me llamo Moja.

–El nombre real, por favor. Entre vosotros podéis llamaros como queráis, pero aquí me gustaría que utilizásemos los nombres verdaderos.

–Soy Mohamed Anuik, pero todos me llaman Moja. Tengo diez años.

–Muy bien, muy bien. Seguimos, por favor.

–Pues yo tengo nueve años, soy Francisco José Fernández Martínez Urruticoechea Galíndez del Prado. Cuando iba a otro colegio me llamaban Fran, pero como me gusta el fútbol, aquí me llaman Fran-chute, ¿lo entiendes? Es por lo de...

–Lo entiendo, lo entiendo, Francisco. Siéntate, por favor.

Franchute es un pelota de cuidado; no sabe qué hacer para caer bien a la gente. Es un *pringao*.

–Yo soy Rosita, y tengo diez años para once.

–¡Mentira! ¡Y gorda! –salta el Nublao–. Se llama Mercedes.

–¿En qué quedamos? ¿Rosa o Mercedes? –protes-

ta el maestro, al que parece que se le está acabando la paciencia.

Pues no le queda nada aquí...

—¿El nombre que me puso el cura, quiere decir?

—Eso es, sí, el que te puso el cura.

—Me puso Mercedes, pero como me gusta tanto el color rosa, todo el mundo me llama Rosita.

—De acuerdo, Mercedes. Puedes sentarte.

Este hombre es raro, raro, raro. No se da cuenta de que, si nos llama por los nombres que nos puso el cura, no nos vamos a enterar ninguno.

—Seguimos. Tu nombre, por favor.

—Pues es que... usted dirá lo que quiera, pero yo prefiero que me llame como todos, el Nublao, porque mi nombre ya casi se me ha olvidado.

Pobrecillo, casi llora. Si es que es normal. Y nosotros aguantándonos la risa. Nos va a dar un soponcio.

—Seguro que no se te ha olvidado, venga.

—El cura me puso Torcuato, pero luego se fue liando la cosa y...

El maestro sigue serio como una patata, aunque nosotros nos retorremos de la risa. De verdad, si va a ser todo el curso así, no falto ni un día. ¡Ostras, y yo que pensaba que iba a ser un rollo!

—Muy bien, Torcuato. No necesito que me expliques más.

Pero él hace como que no ha oído; y nosotros, de mientras, venga a reírnos sin parar. Es que es oír Torcuato y...

–De Torcuato vino Tor; de Tor, Tormenta; de Tormenta, Nublao, y... Eso, lo que le decía.

–Yo soy Pedro –interviene Píter–, pero como una vez vino un tío mío de Londres, me empezaron estos a llamar Píter. Y así me he quedado, con Píter. No me importa, me gusta. Si usted quiere, también puede...

–Y por último tú –le corta el maestro–. ¿Cómo te llamas?

Yo respondo en su lugar:

–No habla.

El profe me mira como si hubiese dicho una barbaridad.

–Ya sé que no habla –dice–, pero vamos a darle una oportunidad. Igual que a los demás, ¿no?

Pues si sabe que no habla no sé para qué le pregunta. Es como si yo voy a la tienda de abajo y le digo al Cosme que a cómo están los garbanzos. Ya puedo darle las oportunidades que quiera que, si no oye, no oye.

–No se moleste. No habla. No ha dicho una palabra en su vida.

–¡¡Mentira!! Su madre le dijo a la mía que, de más pequeña, hablaba mucho, pero un día como que se secó y ya no habló más.

–Muy bien, guapa, siéntate.

–Se llama Ana –digo por ayudar–, pero la llamamos la Muda por eso de que no habla.

El maestro no comenta nada. Qué hombre más... distinto, oye.

–Así que sois nueve: Francisco, Sandra, el otro Francisco, Mohamed, Roque, Ana, Pedro, Torcuato y Mercedes.

Nosotros, como si hubiese nombrado a unos primos suyos de Albacete. Vamos, quietos-paraos como cadáveres, completamente muertos.

–No me gustan los apodos –nos aclara, por si no nos habíamos enterado–. Si tenemos un nombre es para utilizarlo.

Nosotros no insistimos; ya irá dándose cuenta.

Para cuando salimos al recreo, él mismo tiene ya un mote.

Más tarde se acerca mi madre al patio y le pregunta a mi hermana:

–¿Qué tal, hija? ¿Qué tal con el *maestrín*?

Así que ya puede llamarse Alex o Agapito, que en este pueblo será el Maestrín.